

# LOS MUSICOS CHILENOS OPINAN SOBRE ALFONSO LENG

El despertar musical de muchos de los más grandes compositores ha sido el "caso" pasional, es decir, el impulso de la incontenible necesidad de transformar directamente en música sus ansias y más íntimos deseos. Hubo otros que poco a poco crearon un mundo que reemplazara su estrecha vida, dentro de la cual no podían adaptarse, y lograron desarrollos florecientes y hasta exuberantes. El caso de nuestro compatriota, Alfonso Leng, es el del impulso directo, que desde la infancia lo lleva hacia la emoción pasional irresistible e inevitable. Si más tarde, al lograr el estado contemplativo, cual remanso de resignación pasional, llega hasta la creación del "Alsino", su más alta culminación musical —según creo—, éste es su grito pasional más desesperado: "Dejad mis lágrimas correr", pocas veces igualado en el transcurso de toda una vida musical. Esta opinión no es exagerada y me refiero a la música de todos los tiempos.

Su grito es tan profundo que no puede dejar de conmover hasta las entrañas de quien lo oye y su forma de canción directa y firme no deja dudas ni permite comparaciones. En la intimidad de sus "lieder" se encuentra toda la proyección de Alfonso Leng. Más tarde, en su admirable Sonata, aparece toda la expresión de su espíritu sereno y seguro, afirmando su conformidad en la vida y en la ciencia. He aquí al hombre transformado, en el que palpita vigilante la emoción pasional que se incubaba siempre, como alimentada por una luz lejana, pero siempre encendida. Una lámpara votiva: la vida palpitante.

*Acario Cotapos.*

Entre los acontecimientos, personajes y episodios que caracterizaron la época prenatal de la escuela chilena de música, cabe una referencia muy especial para la actuación de un adolescente que muy luego consiguió hacerse conocer en la forma precisa que él la deseaba. Hacia las postrimerías del siglo, solamente los extranjeros obtenían alguna nominación en Santiago. Los exclusivos medios de expresión eran la ópera

y la música salonera; y, una de las manifestaciones que se habían hecho, hacia 1894, para presentar una orquesta sinfónica y un coro habían pasado completamente desapercibidos. Simultáneamente con las actividades musicales de la familia García Guerrero (dos pianistas, un crítico musical, un conferenciante y un director de orquesta), presumía de músico un mocito de 18 años, quien se sentaba al piano no para alardear de virtuoso, sino como compositor, rango y cometido, aun, casi desconocidos en la sociabilidad santiaguina. Con un físico comedidamente romántico, con un apellido extranjero y sin artificios de peluquería e indumentaria, abordaba un repertorio asimismo bien singular: a algunos curiosos les hacía oír motivos de su obra lírica y a otros, más versados, les confiaba algunas de sus sentimentales inquietudes sonoras. Por los días en que Eduardo García Guerrero empuñaba la batuta —a los 18 años—, dirigiendo un conjunto de aficionados, el novel compositor Alfonso Leng ya tenía auditorios en muchos salones para escuchar su producción pianística. La osadía y entereza del joven compositor para presentarse a sí mismo, y el ostensible atractivo de sus breves composiciones terminaron por influir en la afición reinante. Se le conocía una puntual asistencia al anfiteatro lírico y siempre lograba hacerse notar en los pasillos de los nuevos auditorios capitalinos, hasta un momento en que su presencia llegó a ser indispensable —algo así como un maestro de ceremonias— en los cenáculos musicales (Amenábar, Besoain, Canales, Casanova, etc.), en cuyos grupos consiguió hacerse llamar y distinguir como el “maestro Leng”, preciada distinción y codiciado título, que muy escasísimos colegas, y mucho después, obtuvieron gracias a empujones burocráticos. Entre la muchachada de antes del Centenario se rememoran las noches santiaguinas (siempre antes de las doce), en las cuales se efectuaban correrías galantes —pero de tipo serio— por Agustinas abajo o Marcoleta arriba. A esa hora, esos avances quedaban interrumpidos, porque se sorprendían luces encendidas en algún “salón a la calle” de las casas de vecindad. Los que atisbaban en la acera, podían avizorar al “maestro Leng” ejecutando el Idilio de su ópera “María”, o bien, la tercera “Dolora”; trozos frecuentemente interrumpidos por las explicaciones del autor, quien, con voz acondicionada, explicaba la escena en cuestión, o bien algunos de sus trances románticos, ante un rendido y ferviente auditorio de profesores

primarios y damas cuaternarias, todos futuros cultores del arte sonoro y fieles asistentes a las veladas musicales con que en Chile se iniciaba una nueva era artística.

*Carlos Lavín.*

▼ \* \* \*

Opinar sobre Alfonso Leng es para mí razón última en el contacto del hombre con el infinito, en paz con el Universo. La verdad directa, sencilla, asequible, de firme intuición y sólida trascendencia. Años atrás, al referirse a determinados problemas técnicos, se expresó en la siguiente forma: "No he realizado estudios sistemáticos de composición y no dejan de preocuparme; algún día los haré; en realidad, carezco de una técnica". Después de oír esta afirmación, con asombro de mi parte, lógicamente le repliqué: "Seguramente no ha realizado Ud. estudios académicos, pero su música posee una técnica acabada, precisa; de lo contrario, ¿cómo habría podido componer obras de las que tanto gustamos?"

Nuestras conversaciones han sido breves, pero siempre han dejado en mí la sensación de continuidad, que lleva al conocimiento, cuando es simple y preciso.

Al tocar el tema "contrapunto", dijo: "No podría hacer un sólo ejemplo de líneas superpuestas, sin embargo, a pesar de lo expresado, reconozco que en "Alsino", al llegar al climax de la obra, hay tres líneas claramente definidas que tuve que expresar inevitablemente"; esta declaración fue para mí perfecta, en el convencimiento de que Leng sabe lo que quiere, lo busca y lo entrega sin concesiones. Detrás de cada una de sus notas está el hombre que sabe exteriorizar sus sentimientos en un contenido musical de seria motivación.

Leng, al definir la composición, dice así: "Es la medida para construir los propósitos del autor, que no se extienda indebidamente y que no se haga insuficiente, tanto en longitud como en contenido". Estas ideas son de la más pura limpieza, si se considera que la técnica de un compositor no es la habilidad para resolver determinados problemas académicos o abstractos, sino, la de resolver sus propios problemas expresivos.

Concluyo con el pudor de la modestia del maestro Leng, con la firme convicción de que él posee la mejor de las técnicas, con la limpieza más absoluta que el espíritu presta a concepciones, que en su re-

dación son vivencias auténticas que estructuran y revelan respecto de sí mismo; lo que constituye para mí un ideal.

*Gustavo Becerra Schmidt.*

\* \* \*

Mi primer contacto con Alfonso Leng se realizó a través de su música. Estrené su *Fantasia para Piano y Orquesta*, valioso aporte suyo a la literatura musical chilena.

Coincidían en esta ocasión una de mis primeras actuaciones pianístico-orquestales, con la gran responsabilidad que siempre supone en nuestro medio el estreno de la obra de un compositor chileno.

Fue una verdadera fortuna para mí contar con la presencia del Maestro durante el tiempo de preparación del estreno. Sus indicaciones y sugerencias fueron valiosísimas y su personalidad un factor importante en la creación de la necesaria atmósfera interpretativa. Se daba el caso, poco frecuente, de que el contenido emotivo de su obra se encontrara vivo en el propio compositor, en su trato diario, en su actitud siempre humana y comprensiva, en una especie de particular didáctica que hacía comprensibles sus deseos e intenciones expresivas, más allá de lo que se suele apreciar en una partitura escueta. Así se hacía fácil para el intérprete valorar nítidamente las características intrínsecas de ese sello emotivo que diferencia a la obra de Leng.

A esto se agregaba la adquisición de una inestimable amistad con una persona que como Leng se ha mostrado invariable en sus afectos y en sus gestos de amigo y de artista profundamente humano con el correr de los años.

Y estas características de la personalidad de Leng se han proyectado constantemente al campo de su actuación académica, en múltiples muestras de un espíritu positivo y a la vez conciliador, de un permanente anhelo de trabajo armónico en pro del adelanto musical de nuestro país. Nada más justo, pues, que el reconocimiento a sus méritos que implica la concesión del Premio Nacional de Arte del presente año, al Maestro Alfonso Leng.

*Herminia Raccagni O.*